

Jorge Muñoz R.

La difusión universal de la cultura y el hombre actual

A la memoria de Jaime Rayo



Si los hombres son específicamente iguales, ya que en todos actúa igualmente la razón, éstos pueden actuar libremente en la vida pública y determinarla a su voluntad, de acuerdo con sus necesidades. El instrumento de que se vale el hombre para regir la vida pública es el Estado, el cual viene a ser el ejecutor de la «voluntad popular», entidad formada por hombres libremente elegidos por el pueblo, y que realiza lo que el total de individuos no puede de por sí hacer. De este modo, al integrar el organismo estatal con los hombres de su preferencia, los ciudadanos intervienen indirectamente en la marcha del Estado. Por otra parte, pueden expresar libremente sus opiniones y asociarse. Tal es el ideal democrático, tal como lo veían los ideólogos de la Revolución francesa, inspirados por los ideales de la «Ilustración».

Pero esos mismos ideólogos vieron con cenital claridad que era necesario preparar eficientemente a los hombres todos para poder actuar efectivamente en el Estado, ya que el goce de dichas libertades democráticas exigía un mínimo de conocimientos, una clara conciencia de los problemas de la vida. Con el objeto de obviar esta alternativa surgió el ideal de la educación universal obligatoria, de modo que hasta los más insignificantes pobladores de un país pudieran gozar de los conocimientos de una civilización que se creía en ascenso continuo. Es sintomático que en la época de la Revolución francesa a la Restauración surgieran los grandes impulsores de la «nueva educación» tales como Pestalozzi, Froebbel y Herbart. En un principio esta enseñanza fué más humanista que científica y luego, en la medianía del siglo XIX, radicalmente influenciada por el positivismo, se hizo marcadamente científica. Se consideró que el conocimiento de las ciencias libertaba al hombre del oscurantismo y supersticiones de las épocas pasadas, trayendo nueva luz a la humanidad. La idea de una educación universal se transformó en una obsesión de la época. Los niños y jóvenes fueron sometidos a rígidos planes educacionales y obligados a asimilar los conocimientos más diversos, alimentándose esta tendencia enciclopedista en la filosofía positivista que hacía derivar las ciencias unas de otras en una jerarquía harto conocida. También el elemento femenino, de acuerdo con las necesidades de la época, pudo obtener ampliamente los rudimentos de

todas las ciencias y de todas las artes. Así el ideal existente era transformar al mundo todo en una gigantesca escuela . . .

En este dominio, siguiendo la tendencia general de la época, se buscó ávidamente una mayor eficiencia sobre la base de una intensiva racionalización. Se buscaron nuevos métodos, que fatigaran lo menos posible a los niños y se habló del papel del «placer» en el proceso educativo. Se discutió largamente acerca de la mayor o menor importancia de tales o cuales materias. A fines del siglo XIX, John Dewey expresa claramente el ideal de esta educación al escribir que tenía «por objeto preparar al niño y al joven para el mejor ejercicio de sus derechos democráticos» (1). Y cada escuela filosófica tuvo su correspondiente metodología educativa, realizada por filósofos de tercer orden . . .

Con todo, la educación pudo universalizarse grandemente, sin llegar nunca, empero, por la fuerza de las circunstancias, a la plena realización de su ideal. La imprenta, con sus progresos cada vez mayores, contribuía a difundir rápidamente los conocimientos y los productos culturales más dispares y más nuevos entraron a formar parte de las discusiones individuales. Los más altos aledaños de la cultura estaban a libre disposición de todos los individuos, en los inimaginables manuales de «vulgarización». También contribuyó a ello no poco el enorme perfeccionamiento alcanzado por los medios de comunicación.

(1) John Dewey: «Fines, métodos y objetivos de la educación».

En medio de todo esto, el hombre parecía haberse hecho más «libre». La influencia de la religión se debilitaba rápidamente, sin ceder del todo; el hombre parecía llegar a constituir un microcosmos en medio del Universo... Sin embargo, poco a poco el hombre más sensible comienza a sentirse desarraigado, poseedor de demasiadas «ideas inútiles». Nació paulatinamente una creciente desestimación de la actividad intelectual, al paso que renacieron tendencias místicas de nuevo cuño, extrañas prácticas supersticiosas, obtenidas de religiones exóticas, ocultistas, etc.

El gran error del siglo XVIII—error fatal para la suerte que ha corrido el ideal de la humanidad en el siglo XIX—fué el proponer por modelo de cultura la «humanidad», en la forma de una esencia abstracta, racional, igual en todos los hombres» (Max Scheler). Esta idea es el supuesto que anima a la difusión universal de la cultura, que cree poder transmitir todos los bienes y valores culturales a todos los hombres, cualesquiera que sea su estructura íntima, su raza, su civilización, etc. Y así, mientras en el siglo XIX todos se complacían con el progreso y la cultura, Goethe anunciaba: «La humanidad llegará a ser más avisada e inteligente, pero mejor, más feliz y enérgica, no. Veo venir el tiempo en que Dios ya no ha de complacerse en ella y habrá de derrocarlo todo y proceder a una creación rejuvenecida». (Eckermann). También Schiller da una tenebrosa imagen del mundo de su tiempo al escribir: «La cultura, lejos de darnos la libertad,

desarrolla en nosotros, con cada nueva potencia que evoca, una nueva necesidad; los lazos de la constrictión física nos oprimen cada vez más amenazadores; el miedo de perder apaga el ardiente deseo de mejorar... Así vemos el espíritu de nuestro tiempo oscilar entre la perversión y la grosería, la monstruosidad y la mera naturaleza, la superstición y la incredulidad moral...» («Educación estética»).

La mirada más despreocupada, pero enturbiada por prejuicios racionalistas, puede descubrir entre los hombres una inmensa variedad de tipos, una abigarrada gradación de caracteres, la que resulta más que aventurado proporcionarles una misma educación. El siglo XIX, impulsado por su antinatural afán de simplificación, olvidó esta idea esencial, usando esa supuesta igualdad como arma política. Convirtió lo que era un cómodo universal del liberalismo en realidad absoluta. Sólo a fines del siglo XIX renace claramente la conciencia de la desigualdad natural entre los hombres. Y la humanidad de la Ilustración se revela cada vez más como un concepto huérfano de toda significación, totalmente falto de realidad.

Se olvidó igualmente que la cultura en cuanto tal no puede ser objeto de un mero aprendizaje, sino de destino. Esto significa que no todos están en situación de poder aprehender adecuadamente los valores culturales, sino tan sólo aquéllos que por una estructura íntima e innata pueden hacerlo. Aprehender realmente la cultura no sólo significa conocer sus ca-

racteres externos, haber leído tal o cual libro, conocer tantos cuadros o sinfonías, o dominar tantas ciencias, sino también poder participar plenamente de su espíritu, de modo que los valores contenidos en dichos objetos culturales formen una unidad con el ser que apprehende, sin dejar de ser por eso tales valores y objetos objetivos y autónomamente válidos.

Por eso la cultura desarraiga de su destino a aquellos para quienes no está destinada. Y por otra parte, para poder democratizarse, la cultura ha de descender considerablemente de nivel, llegar al compendio, al manual vulgarizador, el cual no es sino un vacuo remedo de la verdadera cultura. Así, la conciencia del saber se diluye en un artificioso conglomerado de datos sueltos, de conceptos heterogéneos, faltos de toda plenitud espiritual. Así, desaparece entre los más aptos todo interés por la cultura oficial y su evolución personal se realiza a espaldas de ésta.

Si se consideran ahora todos los efectos de dicha difusión universal de la cultura en las colectividades, se ve que cristaliza en dos tipos distintos de anomalías culturales, positivas y negativas, las cuales se objetivan en tipos humanos más o menos caracterizados. A estos seres puede hallárseles también en otras épocas, pero nunca en la magnitud que en la actual. Tampoco representan tipos absolutos, sino que hay entre ellos numerosas gradaciones y variedades.

Anomalías negativas.—La época moderna, heredera del Romanticismo en ello, ha impuesto en el

ambiente la idea de la supremacía de los valores intelectuales, haciendo de ellos la meta de la humanidad. Ha hecho también del intelectual el mejor de los hombres. Por esto, la educación universal trata de que todos los individuos se acerquen a esos valores, poniendo a su alcance las obras en que pueden hallarse. También, y bastante a menudo, presenta obras que sólo poseen una celebridad accidental y transitoria. No sólo presenta obras literarias y artísticas, sino también sistemas filosóficos y descubrimientos científicos. En virtud de esa superestimación de lo intelectual, y del hecho de que el que puede comprender o realizar los valores culturales es altamente apreciado—a veces esta hipervalorización sólo procede del individuo mismo—es natural que gran parte de los hombres trate de alcanzar dichos valores. Resultan entonces dos posibilidades distintas en el caso de que el individuo sea incapaz de comprender los valores culturales: a) la del «expósito de la cultura», que aspira inútilmente a ella, sin poner nunca alcanzar su ideal; y b) la del moderno hombre de acción, que simplemente reniega de lo intelectual, por cuanto no le sirve para sus fines.

a) El actual estado de rarefacción de los valores culturales oficiales. hace que éstos no basten a los espíritus más sensibles, cuya evolución íntima ha de realizarse, por tanto, completamente ajena a la cultura oficial. En el mejor de los casos, ésta proporciona sólo posibles puntos de partida para un mejor

conocimiento de los valores culturales supremos, cosa que no siempre realiza.

Hay quienes, empero, por su naturaleza humana, no pueden ir más allá de esos valores oficiales, aspirando de continuo a los valores supremos, en los cuales imaginan hallar la deseada plenitud íntima. Saben por meras sospechas, y también de «oídas», que la verdadera cultura es mucho más que la «cultura general» de la educación. Pero su tragedia consiste en que no pueden rechazar a ésta, ni alcanzar a aquélla. Tienen la sensación de debatirse inútilmente sobre la tierra, cual un pájaro que ha caído en una trampa. La «gran cultura» se le muestra como una meta venturosa, como un cielo en el cual podrán al fin descansar. No llegan nunca a él, y sus íntimas debilidades los arrastran a un plano de continuo desgarramiento personal, el cual les es tanto más insoportable cuanto más sensible su naturaleza. Por otra parte, nunca toman el dolor en sí mismo, sino que lo integran en una larga y artificiosa cadena de estados fallidos, lo cual hace que dicho dolor resulte más intenso de lo normal. Su ocupación diaria se les presenta como un gran martirio, del cual aspiran a evadirse mediante la sumersión en los valores supremos de la cultura. Su existencia viene a ser así una continua lucha, y no una armoniosa alteración entre la vida diaria y la vivencia de los productos del espíritu. Nunca logran que tales productos lleguen a vivificar su ser, por lo cual no obtienen la anhelada satisfacción. Supervalorizan a los intelectua-

les y tratan de trabar amistad con los hombres que se les antojan superiores, a los que rinden un doble tributo de fe y de admiración. Y sólo cuando creen lograr su aprecio se sienten más seguros de sí mismos. Pero tampoco esto les basta a la larga. No tardan en sentirse ridículos, desvalorizados, sentimos que les amaga toda posibilidad de dicha. Nunca «llegan», nunca logran nada. La conciencia de su radical mediocridad se les aparece como una gran tragedia personal, pues no quieren ser así. A la larga nace el resentimiento contra la cultura y, por ende, su desvalorización, olvidando que ésta no es mala ni buena. Este individuo, en cuanto a su actitud de sentirse internamente rechazado—pues nunca se le repele abiertamente—puede llamarse realmente «expósito de la cultura».

b) Si se considera esta difusión de la cultura en relación con el moderno hombre de empresa, aquel en quien predomina la actividad externa, dirigida al dominio del mundo, se ve que éste se halla en posesión de una gran cantidad de conocimientos, de los cuales «emplea» sólo mínima parte. El considera como «útil» y «necesario» únicamente aquello que sirve a sus fines de dominio; lo demás es desvalorizado máximamente, como «inútil». Y esta valoración no la extienden sólo a sí mismos, sino también a la humanidad toda, pues ningún otro ser padece como éste de ese narcisismo, consistente en querer que todos se le asemejen. El saber «inútil», aparece como un lastre, como algo sobrante. Por cuanto su acción es limitada, su visión del

mundo es muy parcial. Esto último es muy peculiar de los políticos, quienes aplican sólo un vacilante concepto a priori a la acción sobre el destino humano. Ello indica que los políticos viven en un mundo irreal, creado para su uso personal, el cual no tiene casi nada de común con el mundo real. Esto explica la particular animosidad del político nato contra el «intelectual» a quien considera como un «ser inútil», lo cual no le impide, empero, halagarlo y usarlo para sus fines de dominio cada vez que es necesario. El hombre activo estima que sólo deben difundirse aquellos conceptos que sirvan al dominio del mundo. En conformidad con estos ideales, algunas escuelas educativas tratan de colocar al individuo sólo en contacto con aquellas ramas del saber que tienen «una aplicación en la vida humana». Pero si se considera que dicha educación debe actuar sobre grandes masas, siempre quedará un grupo de seres en quienes actuará como un elemento deformante de su integridad personal. Dicha educación cristaliza en lo que Ortega y Gasset llamaba la «barbarie del especialismo», que convierte a los individuos en unos lisiados mentales y técnicos, capaces sólo de realizar movimientos insignificantes en procesos de gran envergadura. Así de estos seres se forma la masa impersonal, es decir, de aquel hombre que aun estando solo piensa o actúa como componente de una masa, esto es con una peculiar falta de comprensión de lo que hace.

Anomalías positivas: Estas anomalías indican sólo una dirección favorable a la cultura, en que los individuos la comprenden y tratan de ejercitarla de algún modo. Estas anomalías positivas son propias de la época y nunca responden a una efectiva aprehensión de los valores del espíritu. Los dos más peculiares corresponden al tipo que Nietzsche llamaba «el filisteo de la cultura» y la del «pelma de la cultura» o «moderno sofista», de K. Jaspers. Nota distintiva de ambos es un desenfrenado afán de figuración, peculiaridad francamente contraria a toda genuina cultura, que es «sencilla y modesta...», que huye del estruendo y de la extravagancia... y que se ofrece con evidente claridad y conciencia de sus límites».

a) Toda cultura implica necesariamente libertad de espíritu la cual debe entenderse no sólo en el sentido de explayarse y escoger libremente, sino también libertad de poder ser uno mismo en la actividad cultural, esto es, sin autoviolentarse, que no se vaya hacia los valores culturales sino sólo en virtud de un impulso nacido de lo más profundo del propio ser. Esta relación de «íntima libertad» queda completamente anulada en el filisteo de la cultura, para quien la cultura resulta ser, en última instancia, un deber impuesto desde fuera. Existencialmente, se revela como un hombre más o menos mediocre, que a fuerza de estudios y ciego empecinamiento, ha logrado adherir a su yo un débil barniz, consistente en pálidos esquemas de la cultura viva de la época. Tal in-

dividuo vive bajo la obsesión de que es «culto». Y por ello ve en tales inermes esquemas verdades universales, dogmas inamovibles sobre las cuales reposa toda ciencia, todo arte, toda la fe de la Humanidad. La más mínima discusión sobre la validez le parece el más inaudito de los atentados y le indigna al máximo. Convierte dichos esquemas en piedra de toque de su ser y en justificación de su yo frente a los demás; por esto el diploma universitario suele jugar para él un rol esencial. Pero en la medida en que dichos esquemas le son inaprehensibles en su esencia y, por tanto, permanecen radicalmente ajenos a su ser, trata de autoexcitarse con la idea de que son «necesarios» y que «un hombre educado no puede prescindir de ellos».

Así, el filisteo tiene en su mente sólo meras apariencias de la cultura. Olvida que toda cultura es como un ser vivo, que no puede estatiquizarse en esquemas petrificados. En esto se acerca un tanto al propósito de la cultura, pero contrariamente a éste, se halla satisfecho de sí, pleno de una gran satisfacción por «toda la cultura lograda». La sociedad y formas de vida vigentes son un «templo» donde se «guardan celosamente las adquisiciones del saber humano». En cuanto toda tentativa de renovación, le parece negativa, resulta peligrosísimo para el libre desenvolvimiento de la cultura, especialmente cuando ocupa un cargo directivo. Su ideal es entonces dar a todos una cultura uniforme; quiere que todos sean semejantes a él, lo cual no le impide lanzar una mirada desdeñosa sobre

todos aquellos que no gocen de alguna aprobación oficial, aun cuanto sienta su superioridad. Lo esencial en su concepto no es «ser culto», sino «deber ser culto». Influye igualmente en su conducta también el deseo de aparentar. En cuanto es un ser que trata de incluir en su persona conocimientos e ideas que carecen de relación con la urdiembre de su ser, se revela como un ser descarriado, uno de los tantos productos del pan-culturismo engendrado por la Ilustración y las tendencias universalistas del siglo XIX.

b) Para el «pelma de la cultura» lo esencial no es «ser», ni «debe ser», sino *aparecer como culto*. Esto significa, que para él la cultura es un medio de atraer sobre sí el beneplácito de los demás. Puede poseer gran capacidad para aprehender y asimilar los más variados productos de la cultura e incluso comunicarles cierta apariencia de vida, propia de los cultos auténticos. El desea que «su» cultura salte a la vista, que se imponga; por eso, puede decirse que su sentimiento más intenso y personal es la vanidad que busca una respuesta, la cual da al «pelma» la medida de su ser. Se siente poseedor de cultura sólo en la medida en que sus «oyentes» se sientan deslumbrados por su verba fácil y brillante, por su estilo magistral, por su habilidad para sintetizar ideas etc., cuyo espíritu no comprende.

En contraposición al filisteo de la cultura nunca puede permanecer adherido demasiado tiempo en los valores culturales. Hay un poder más fuerte que su

voluntad que lo arrastra de un punto a otro del ámbito cultural, pues siempre trata de dar la impresión de que posee una visión general, una ilimitada capacidad para aprehender los objetos más dispares. Nunca profundiza, nunca se detiene amorosamente ante nada. Díjérase de él que es como una amiba que se va deslizando sobre una superficie poderosa, llenando todos los huecos que encuentra a su paso, para vaciarlos en seguida, sin dejar nada de sí en ellos, y sin llevar nada de ellos en sí. Los estímulos novedosos son para él la mayor novedad, pues aparte de conferir especial interés a sus palabras, le preservan del peligro de encontrar un contrincante que descubra su juego. Pues su mayor tragedia consiste en no ser escuchado, en no poder conquistar la mayor admiración de los demás. Incapaz de plantear discusión sincera alguna, se revela como sofista empecinado, y su defensa sólo consiste en afirmar tercamente su punto de vista, sin aducir, sino exactamente los hechos que abonan en pro de su aserto. Un ser más ágil que él y de mayor cultura puede reducirle fácilmente al silencio, aun cuando a veces se defiende con la desesperación de la fiera acorralada.

En cuanto su ser necesita de la respuesta halagadora de otros para afirmarse existencialmente, se nos revela como un ser totalmente desprovisto de personalidad, ya que los consejos que lanza en público no han sufrido esa misteriosa transformación que los torna en partes integrantes de su ser, sin perder por ello su calidad de cultura objetiva. Un espí-

ritu despierto que le escuche, sólo obtiene de él una pesada sensación de aturdimiento, una indescriptible confusión de frases hechas, conceptos hueros, todo ello flotando en un caos de inmarcesible superficialidad. Nada se gana de su trato, ni siquiera para los fines externos del ser, pues no hay en él ni lealtad, ni constancia. Sin embargo, seres en quienes hay alguna curiosidad por los valores culturales o que recién se despiertan a ellos pueden estimarla y hacerle su guía, pero le dejan tan pronto como han sobrepasado ese estadio indiviso que precede a la formación definitiva de una personalidad. Muchos le eligen en ídolo, en modelo digno de universal imitación. En este último sentido es funesto para la cultura, pues es fácil que se les identifique con la «élite», propensión que utiliza en provecho propio.

El pelma y el filisteo son, pues, dos anomalías típicas producidas por la tendencia universalista en la difusión de la cultura. La convierten en algo rígido o feble, falto de vida. En parte alguna dejan una impresión duradera o intensa. Y contribuyen no poco al actual descrédito en que ha caído la actividad intelectual.

El espíritu selecto: Es natural que en tales condiciones, la posición del espíritu selecto, la de aquel que siente nacer de lo más hondo de su yo el ímpetu creacional, o que se sumerge en amorosa delectación ante los valores culturales, es radicalmente trágica. Frente a aquellos que convierten la cultura en un jue-

go rígido o pedante, o que hacen de ella una farsa, en que priman la afectación y la superficialidad, se ve sumido en profunda soledad existencial, y llega a dudar de sí mismo. Y frente a la progresiva despersonalización del hombre y creciente dominio de la masa y la insolencia de los ídolos entronizados por ella, seres ínfimos y resentidos que amenazan amagarlo todo con tal que no exista obstáculo para su megalomanía, en tales condiciones el creador genuino siente que su obra, su ser mismos, son inútiles, faltos de arraigo en la realidad humana. Por ello reniega de sus realizaciones y se ve inundado de soledad y dolor. Siéntese lleno de atormentado dualismo, de consternación, cual un ser abandonado a las potencias cósmicas. Sentimientos tales suelen aparecer en muchas producciones del arte y literatura actuales. Y se puede descubrirlas comparándolas con los productos espirituales de otras épocas menos agitadas.

El espíritu selecto suele salvarse de este acaso uniéndose a otros seres de su misma especie, pues al hallar a estos experimenta genuino gozo. Establece con ellos lazos hondos y duraderos, más que los que unen a los miembros de una masa, siempre dispuestos a traicionarse al menor asomo de peligro, o frente a la defeción de su ídolo. Nace en ellos lo que vale llamarse la «comunidad de los afines», o lo que Jaspers denominaba el «corpus mysticum de la inteligencia», grupo invisible, formado por los étereos lazos que unen a aquellos para quienes, como decía Goethe, no es «mu-

do el mundo». En ciertas circunstancias, se forman algunos «cenáculos» en que cada cual conserva su propia individualidad, unidos tan sólo ante el peligro común, pero no en el sentido de que cada cual se sacrifique a las «exigencias del grupo», como tampoco en el sentido de halagar a tal o cual pseudo-selecto (cosa que ocurre en muchos «grupos» actuales). Deben estar unidos por la raíz más profunda de su ser, aquella en la cual el hombre que ha llegado a la plenitud de sí es completamente libre, raíz cuyo grado de diferenciación les distingue de las masas amorfas e indiferenciadas. La esencia de toda minoría selecta auténtica consiste en esta unión en y por el ser, la que muy bien puede no estar delatada por signos externos. Unión que se halla muy por encima de los egoísmos y dogmatismos de los grupos literarios o artísticos corrientes. Y esta unión es la única que encarna una realidad dentro de la época actual.

Esta unión, empero, no se produce sino raras veces. La hiperestesiada conciencia del yo suele ser siempre más fuerte que todo sentimiento de unión. Por esto se produce la lucha. Y por otra parte, gran cantidad de pelmas y filisteos aparecen formando parte de falsas élites, de las cuales el espíritu selecto genuino se siente irremediabilmente alejado. Y desaparece así todo deseo de unión y la soledad existencial. Aparece en él una creciente angustia vital, tornada en dolor constante, de la cual trata de librarse en algunos de los numerosos «paraísos artificiales» que ofrece la ci-

vilización. Su vida transcurre solitaria, en un mundo desprovisto de estímulos positivos, en el cual no encuentra comprensión alguna. Y de ahí que llegue a considerarse existencialmente inútil. Sólo una vocación íntima poderosa le permite perseverar en su camino, sin llegar nunca al anhelado cenit de la inspiración. Se considera desligado de todo lo existente. Por esto suenan a modernas las quejas del filósofo chino Lao-Tse (siglo V. A. J. C.), que vivió en una época semejante a la nuestra: «Mis palabras son muy fáciles de comprender, muy fáciles de ejecutar, pero nadie en la tierra puede comprenderlas, ni ejecutarlas. Todos los hombres son tan orgullosos, como si fuesen al gran sacrificio, como si en primavera subiesen a las torres; sólo yo soy tímido. ¡Todavía no he recibido signo alguno! ¡Inquieto voy rodando por todas partes, como si no tuviera patria! ¡Todos los hombres gozan de abundancia! ¡Sólo yo estoy como olvidado! ¡Tengo el corazón de un loco, tan resuelto y sombrío! ¡Sólo yo estoy como encerrado en mí mismo! ¡Inquieto, ay, como el mar! ¡Girando en remolino, sin cesar! Todos los hombres tienen sus fines. ¡Sólo yo soy distinto de los demás hombres!». (R. Wilhem). En estas palabras parece expresarse el sentimiento de un hombre de calidad frente al conjunto de una época bastante aciaga.

Conviene aclarar aquí, que el espíritu selecto no es el pedante que se cree superior a los demás, sino tan sólo aquel que ha alcanzado el mayor grado de diferenciación por sobre el tipo corriente de su medio existencial, desvinculándose de los sentimientos e ideas de

la mayoría. Este último aspecto se hace patente en las creaciones del espíritu actual, que son como nunca un álgebra sutil de conceptos difícilmente accesibles, en los cuales el hombre selecto actual—según observa Ortega y Gasset—trata de preservarse del predominio de la masa. (Necesariamente se excluye la dificultad artificiosa de los que sólo tratan de singularizarse para lograr efímeros aplausos).

El hombre selecto actual tiene escasa influencia en su medio y sólo raramente consigue atraer a sí algunos espíritus de calidad, ejerciendo a lo sumo alguna acción efímera sobre los «expósitos de la cultura». Pero allí donde logra dejar su influencia, esta es fuerte y duradera. Se impone con su sola presencia, sin ademanes violentos, ni sensacionalismos. Los que son como él, le reconocen fácilmente en medio de las muchedumbres compactas y amorfas. En muy escasos seres suscitan una perenne y apasionada adhesión. En ellos se suele respirar una atmósfera humana más segura, más libre de las múltiples contingencias de la caprichosidad e inestabilidad sentimental del hombre-masa, que no puede afianzarse en nada, tráfuga eterno de la existencia.

De estos espíritus selectos pueden nacer los impulsos para el mejoramiento del presente, las bases para preparación de un futuro mejor. Su acción, empero, permanece en la penumbra; de ahí que, temporalmente, sean ineficaces, pues rara vez existe quienes puedan comprenderles y utilizar debidamente sus capacidades.